

PRÓLOGO

## ENCONTRAR LAS HUELLAS DEL FUTURO EN LAS VIDAS IGNORADAS DEL PASADO

“Me sujetaron las manos a unos torniquetes. Iban clavando alfileres en las hendiduras de las uñas [...] *El Chungo*, enfurecido, hurgó con una astilla de madera. Pero ya no sentía nada”.

LUIS GONZÁLEZ LÓPEZ fue uno de los fundadores de Comisiones Obreras de Galicia. [...] Con muchas adversidades, y con compromiso comunista, ha dedicado su vida a la lucha por la democracia y la libertad solidaria.

MANUEL RIVAS, *EL APRENDIZ*

Quince relatos y un epílogo dieron forma a *Conciencia de clase. Historias de las comisiones obreras*, un libro ya convertido en imprescindible lectura para quienes consideramos que el sindicalismo y su lucha histórica han sido uno de los mayores logros de la historia universal en el marco de los derechos humanos; que las y los trabajadores necesitamos estos derechos como al trabajo mismo si queremos que, aparte de ofrecernos un salario digno, ese empleo transcurra en la dignidad inherente al cumplimiento de la Carta Internacional de las Naciones Unidas.

Comisiones Obreras (CCOO) ha concluido, muy acertadamente, que es en sus historias donde mejor se puede tomar conciencia de la necesidad de su existencia y la de otros luchadores por el trabajo justo o la justicia en el trabajo, individual y colectivo. *Conciencia de clase. Historias de las comisiones obreras* es un libro que hacía falta, del mismo modo que este segundo volumen que ahora vas a empezar a leer. La aridez y complejidad del derecho laboral, de sus negociaciones con la patronal, con el Ministerio de Trabajo, de las huelgas, las manifestaciones, la celebración del Primero de Mayo, los estatutos... cobró vida, lucha, pasión y hasta dolor en los relatos de Elvira Lindo, Manuel Rivas, Benjamín Prado o el propio secretario general

de CCOO, Unai Sordo. El primer libro, sin duda, llamaba a este otro que tienes en las manos con once nuevos relatos de otros autores (Daniel Bernabé, Nativel Preciado, Aitana Castaño, José Manuel Fernández, Jordi Amat, Martí Domínguez, Marta Sanz, Andy Robinson, Ana Iris Simón, Luisgé Martín y Olga Rodríguez); y es probable que a un tercero, pero también a nuevos proyectos que pongan al sindicato y sus raíces al lado de la gente, como parte de su identidad como sociedad: “No somos el papel arisco que te da a firmar la parte contratante para tener tu empleo; somos la historia de ese trabajo y la lucha por tus derechos; somos carne dolorida y la sangre derramada de compañeros en torturas y asesinatos contra quienes te querían sometido a condiciones favorables solo a esa parte contratante y del poder económico. Somos estos relatos y muchos más, perdidos en la dureza de la dictadura de Franco, entonces, o el neoliberalismo *trumpista*, hoy”, nos recuerdan estos textos.

Los derechos conseguidos se valoran más frente al relato histórico y palpable, vivible, de la batalla por tenerlos. Es la empatía la que nos une a todos y todas en luchas que, a veces, no necesitamos como seres individuales (“Tengo un buen trabajo, ¿por qué iba a meterme yo en esta huelga?”), pero que se revelan indispensables ante la incertidumbre del futuro y ante la necesidad del bien común como paso previo al de cada uno y cada una. Inseparables.

El siglo XXI se ha mostrado de una crudeza implacable. Fruto de los desmanes globales de unas fuerzas productoras y *mercantilizadoras* sin medida, junto al consumismo inagotable para el que nos seducen, asistimos a cotas de desigualdad, precariedad y pobreza inéditas en 40 años. Junto a todo este tsunami hipercapitalista, el privilegio sostenido de las elites españolas desde la transición y su batalla por mantenerlo agrandan una brecha que cuenta con un poderoso aliado: el desempleo de nuestro país, líder en Europa, y la precariedad y temporalidad de la mayor parte de los trabajos asociados a la principal fuerza productiva de España: el turismo (12,5% del Producto Interior

Bruto antes de la pandemia de 2020, cuando ha caído de forma fulminante a menos de la mitad, 5,5%). La vulnerabilidad de nuestra economía y del mercado laboral (16,2% de paro) es difícilmente superable en un país que se dice potencia de la UE junto a Francia (8% de paro), Alemania (4,6%) e Italia (9%), una vez fuera el Reino Unido (5%).

Si a los más de cuatro millones de desempleados le sumamos la calidad del empleo, sometido a la temporalidad y los bajos salarios propios del sector servicios asociado al turismo, la ecuación en España nos lleva a preguntarnos: “¿Cómo diablos hemos llegado hasta aquí si la conciencia sindical forma parte de nuestro decálogo de mandamientos del buen empleo?”. La pregunta, no obstante y a día de hoy, debe ser otra: “¿A qué resistencias se enfrentan las fuerzas sindicales para que el mantra sobre su indispensabilidad encuentre tantas dificultades para tatuarse en el alma misma del colectivo obrero?”.

Este segundo volumen, como el primero, abre un camino muy importante que, si bien ha sido explorado en multitud de ocasiones desde la creación de CCOO, probablemente no ha llegado a encontrar la total complicidad del citado colectivo. Esa ruta es la de la memoria que se engrandece y limpia de la grandilocuencia de la política partidista y las siglas —de las que, por cierto, vamos sobradas en estos tiempos de vorágine—, al acceder, sin más, al relato novelado, al cuento verdadero, ora emocionante, ora cruel, ora furioso y desatado. Nos recuerdan Daniel Bernabé y Olga Rodríguez desde diferentes perspectivas, estremecedoras ambas, la matanza de los abogados de Atocha en una fría noche de enero de 1977. José Manuel Fernández nos narra las difíciles situaciones por las que pasaban los obreros españoles emigrados a Europa en los años sesenta. Jordi Amat describe minuciosamente el proceso a un líder obrero en 1966, en los albores de las comisiones obreras de Cataluña. Marta Sanz y Ana Iris Simón nos recuerdan en sus relatos el desamparo de los trabajadores cuando los sindicatos desaparecen. Andy

Robinson recrea en un relato casi en paralelo las luchas obreras de la reconversión en la España de los ochenta con las de los mineros ingleses con la Thatcher. Luisgé Martín nos trae al inmediato presente de la mano de la creciente precariedad de los jóvenes.

“Hay que recuperar, mantener y transmitir la memoria histórica, porque se empieza por el olvido y se termina en la indiferencia”. Anular la indiferencia a la que alude el maestro Saramago es, precisamente, la clave de estos textos escritos por personalidades destacadas de todos los ámbitos del pensamiento, el sindicalismo, la cultura, la política, la justicia, el periodismo o el activismo en España. La implicación de todas ellas y de todos ellos viene a confirmar la preocupación y a la vez el acierto de reivindicar a CCOO y la lucha y el compromiso sindical en esta “modernidad líquida” que acuñó Bauman.

Hay que apuntalar la memoria y hay que insistir en el conocimiento de sus historias, hoy más que nunca: disponer de todo tipo de tecnologías para consultar quién o qué lugar ocupó cada persona o cada cosa en el transcurrir de la humanidad, si bien es útil, no supone nada más que instante y olvido. La memoria es conocer, profundizar y asimilar a nuestro ahora los hechos pasados, para mejorarlos, en su caso, o recordarlos cuando los interrogantes acucian. España tiene una deuda con nuestra memoria histórica y los dos libros *Conciencia de clase. Historias de las comisiones obreras* empiezan a saldarla de la mejor manera posible: con conciencia, con ilusión y con humanidad. Buena prosa, buen relato, buen argumento... mejor memoria.

\* \* \*

“Entonces, Pilar, mi tía y mi madre, Rosa, se pusieron cada una a un lado. Me pusieron a mi niña entre los brazos. Y las cuatro devolvimos la mirada al barrio.

Por ti primera, y por todas las compañeras.  
Hasta siempre, comandantes”.

LA FÁBRICA ROK contó con un grupo de mujeres especialmente activo y reivindicativo. [...] El conflicto de esta fábrica durante diciembre de 1975 y enero de 1976 fue ilustrativa del auge de la creciente participación sindical femenina.

AMAYA OLIVAS DÍAZ, *GLORIA Y LA ROK*

Los sindicatos, como toda organización política y social democrática, ya no pueden concebirse sin mujeres; sin mujeres que, además, sean feministas, como ellos. Transversales a todas las luchas por los derechos humanos y la igualdad, las reivindicaciones de las mujeres también tuvieron que entrar, golpe a golpe (literal y figurado) y venciendo multitud de resistencias, en las organizaciones que se decían defensoras de los derechos laborales de todos... pero de los que, al parecer, solo los hombres tenían conocimiento y autoridad. En este segundo volumen, Nativel Preciado nos hace un hermoso semblante de Josefina Samper, del mismo modo que Elvira Lindo lo hizo de Petra Cuevas en el primero. Martí Domínguez nos cuenta en estas páginas el encierro de 300 mujeres y niños durante un mes en la iglesia de Sant Andreu para defender los puestos de trabajo de sus maridos en Motor Ibérica en 1976. Aitana Castaño nos describe la lucha sindical y política de las mujeres en las cuencas mineras, que no en las minas, del mismo modo que en el primer libro la magistrada Amaya Olivas nos narra la lucha feminista-sindical de las mujeres del sector textil, concretamente de la fábrica Rok. Estos relatos ilustran en toda su crueldad la aplastante superioridad masculina en las organizaciones sociales, sindicales y políticas. Y hablamos de 1975-1976, hablamos de anteayer.

Las únicas revoluciones destinadas a triunfar en el siglo XXI son la feminista y la ecologista. Lo son por su idiosincrasia esencialmente horizontal y pacifista y por la necesidad apabullante de sus postulados: igualdad de derechos, igualdad de condiciones e igualdad de trato, en síntesis con un planeta al que, por la lógica ventaja humana de la racionalidad, nos corresponde el deber del cuidado de lo vulnerable y frágil y no su explotación y destrucción por derecho. Precisamente, esa ausencia de cuidado es lo que nos ha traído hasta aquí, hasta una pandemia que anuncia otras.

Feminismo y ecologismo no se conciben sin lucha sindical y por la dignidad obrera, que no es más que la dignidad humana, de empleadores y empleados. El neoliberalismo, el *trumpismo*, los neofascismos y otros ismos negacionistas de la política, ideologías que no pasan de tiranías bien financiadas y abrazadas a épocas de tormento y miedo —como la actual—, han intentando demonizar a los sindicatos y a sus reivindicaciones de justicia laboral, lo que indica que estas organizaciones obreras van por el buen camino. Esto también señala, no obstante, la necesidad de luchar contra un poderoso entramado de poder autoritario a través de una movilización global, pero no solo. Las grandes contiendas ganadas en materia de derechos humanos empiezan con pequeños símbolos instalados en el imaginario local como un orgulloso monumento. Una Rosa Parks en Montgomery o unas trabajadoras de la fábrica Rok en Madrid hacen más por la memoria y la continuación del esfuerzo por los derechos laborales que un gran tratado marxista, por luminosa que sea la vidriera que lo guarda.

De eso se trata y eso te cuentan las *Historias de las comisiones obreras*. Cada relato es un monumento a la lucha sindical, además contado por personalidades cuya credibilidad y compromiso están fuera de toda duda. Reivindicar al sindicato es reivindicarnos a nosotros y nosotras mismas en una lucha interminable de la que nunca se debe bajar la guardia. No quiero

citar al “lado oscuro de la fuerza” en estos tiempos en que caminamos a trompicones, con el camino lleno de piedras; solo leed, ved y entended lo que nos jugamos.

ANA PARDO DE VERA